

ECO-IMPERIALISMO: Poder Verde – Peste Negra

Extractos de los distintos capítulos

(Nota: Todas las citas y notas al pie en el texto original han sido omitidas, los asteriscos reemplazan texto que se encuentra en la versión completa).

1. Irresponsabilidad Social Corporativa

A nivel internacional, una extensa serie de conferencias y reportes concluye en la formulación de pronunciamientos de políticas de largo alcance, sobre lo que ahora son doctrinas inseparables de la responsabilidad social corporativa, del desarrollo sostenible y del principio preventivo. El proceso continúa hoy, con el Secretario General de las Naciones Unidas, Koffi Annan tomando un profundo interés personal en estas doctrinas y promoviendo activamente su implementación general, expandiendo de esta manera el poder y la influencia de las Naciones Unidas.

Para hacer frente a este creciente dilema, recobrar una medida de control sobre su misión central y llegar de manera más efectiva a la creciente cantidad de grupos de interés, un grupo de compañías multinacionales de 30 países organizaron el *World Business Council for Sustainable Development* (WBCSD). Entre sus miembros están AT&T, BP, Ford, General Motors, Mitsubishi, Monsanto, Nestlé, Procter and Gamble, Río Tinto, Shell, Sony y Toyota. Las compañías dicen que haciendo declaraciones de misión, articulando metas corporativas y un compromiso con varios puntos de referencia a la responsabilidad social corporativa, estarían en condiciones de satisfacer expectativas sociales de manera más consistente.

Obviamente que la mayoría de las compañías modernas aceptan hoy en día estos principios como conceptos básicos de su filosofía corporativa, sean o no miembros del WBCSD. Entienden que en la actualidad todo el mundo espera ser tratado de manera justa y disfrutar de un mundo mejor para sí mismos, sus hijos y sus comunidades. Empleados, ejecutivos, accionistas, clientes y demás partes interesadas, esperan que las compañías respeten sus valores medioambientales y la salud de las personas, que repudien la corrupción, que preserven recursos energéticos y minerales, que minimicen la contaminación, que provean de fuentes de trabajo y que ayuden a los pobres del mundo. Y esperan que las compañías hagan todo esto y que además contribuyan al avance científico, al desarrollo de nuevos productos y tecnologías, al tiempo que refuerzan su posición en el mercado y sus márgenes de ganancia, satisfaciendo cada una de las necesidades de los clientes, culturas y comunidades a las que sirven.

Pero pese a los mejores esfuerzos de las compañías, el dilema corporativo se ha profundizado. Los activistas alegan frecuentemente que muchas compañías firman compromisos de responsabilidad social corporativa para acumular opiniones favorables en la prensa, mejorando así su reputación, desviando las críticas y apaciguando así a los críticos. Otras empresas dicen, simplemente esperan retrasar o simulan anticiparse a nuevas iniciativas de reglamentación, reciben el apoyo de grupos de “inversores socialmente responsables”, obteniendo así ventajas sobre sus competidores o generando material para astutas campañas publicitarias. Fingen estar de acuerdo con la responsabilidad social, con el desarrollo sostenible y con el principio preventivo, según dicen los activistas, “pero mas allá de eso, sólo le preocupan los negocios, como de costumbre”.

Sin embargo, la verdadera raíz del problema es muy diferente de lo que alegan los activistas. La triste verdad es que las doctrinas de la responsabilidad social corporativa (tal como están definidas, interpretadas y aplicadas en la actualidad por los grupos de interés, reguladores, cortes, fundaciones, y cuerpos internacionales de activistas) crean problemas significativos. Y no sólo para las corporaciones, ya que golpean fuertemente a familias, comunidades y naciones, especialmente en el Tercer Mundo.

En demasiados casos son los mismos activistas quienes insisten en definir las “expectativas de la sociedad”, el “bienestar de la sociedad” y aquello que debe “devolverse” a la misma. Año tras año las demandas han aumentado. Y año tras año, en lugar de desafiar a los activistas y a sus doctrinas, muchas compañías tratan de “ponerse a la par”, asumiendo que simplemente pueden traspasar a los consumidores y a los contribuyentes los costos de humillarse ante los extremistas.

Como lo expuso *The Economist*, ellos se niegan a enfrentar inclusive aquellos “reclamos sin sentido” que les formulan. Atentan “contra su propia integridad para competir por un Oscar ético”. Caen lentamente en la trampa de estar de aceptar implícitamente la crítica de que “sus compañías son inherentemente inmorales a menos que demuestren lo contrario y de hecho, culpables hasta que se demuestre su inocencia”.

En resumidas cuentas, intentan jugar el juego de la responsabilidad social corporativa para apaciguar a sus implacables enemigos, olvidándose de la famosa advertencia de Winston Churchill: “Un apaciguador es el último en alimentar a un cocodrilo, esperando ser el último en ser comido”.

Compitiendo por los mejores honores, en varias listas de honor de responsabilidad social, continúa *The Economist*, “pueden conseguir que los activistas dejen de ser una molestia para la compañía” al menos por un tiempo. “...aunque darle el gusto a los grupos de presión correctos puede parecer un precio muy bajo a pagar para mantenerlos tranquilos, en realidad refuerza la convicción de que las compañías tienen una responsabilidad a la que deben responder, aumentando de este modo las críticas y quizás alimentando un clima en el cual pesadas regulaciones podrían tornarse políticamente aceptables”.

Otras corporaciones y muchos países en desarrollo, toman un camino diferente: tratan de redefinir el término para que se adecue a sus propias circunstancias y promueven elementos de interés público que consideran que revisten especial importancia. Mientras que algunos de estos esfuerzos han tenido éxito, muchos otros han fracasado. Los que proponen la responsabilidad social corporativa se erizan ante tal disidencia, mientras continúan su búsqueda de reglas y estándares, cada vez más complejos e inflexibles.

A veces, algunos directores generales y ejecutivos de corporaciones, se hunden ante la presión por un motivo totalmente diferente: para resguardarse ellos y sus familias de repetidas intimidaciones y aún asaltos físicos. El repertorio de los militantes de los métodos “persuasivos” ahora incluye bombas incendiarias, golpizas con cachiporras y demás métodos que seguramente resultan adecuados para cualquier grupo mafioso.

Algunas compañías, sin embargo, buscan fines menos saludables, sucumbiendo ante el *Lado Oscuro* de las fuerzas de la responsabilidad social corporativa. En efecto, las actuaciones de BP podrían estar meramente entre los ejemplos más visibles de una propensión creciente, compartida por corporaciones con y sin fines de lucro:

Para estirar la verdad... reinventar la realidad... sustituir propagandas exageradas, confusas y astutas, por la honestidad... y tomar a la ligera la ética, las leyes y las cifras — para promover productos y programas, atraer inversionistas (o donantes) y convencer a periodistas, políticos, jueces y reguladores para que conviertan a las agendas corporativas y activistas en políticas públicas coercitivas.

Algunos grupos activistas en particular, han sido particularmente creativos a la hora de promover sus agendas, escondiéndolas bajo el manto del “interés público” o de la “responsabilidad

social”. Al hacerlo, muchos sacan ventaja del hecho de que no se espera de sus compañías sin fines de lucro el mismo estándar ético, o que estén sujetas a las mismas leyes y reglamentaciones que se aplican a compañías con fines de lucro. Se comportan como si no fueran responsables por sus abusos de confianza o por las consecuencias negativas de sus acciones, porque ellos son “los guardianes del interés público” y son demasiado importantes para su comunidad local (e incluso para el mundo) como para ser “restringidas” por reglas que gobiernan a las organizaciones con fines de lucro.

Lo que revela todo esto es una profunda y preocupante convergencia de ideología, activismo, mercadeo, política y ganancia financiera, para radicalizar más aún las agendas políticas. De hecho, hoy en día puede afirmarse que ése es el “*modus operandi*” de los enormes grupos “éticos” multinacionales de inversión y de aquellas fundaciones y ONGs que dominan cada vez más el escenario político global. Muchos de los grupos de presión trabajan mano a mano con las compañías, condenándolas o haciéndolas caer un día, y al día siguiente aceptando secretamente sus contribuciones o concibiendo de manera conjunta estrategias en cuanto a regulaciones y manejo de las relaciones públicas.

Charles Schwab argumenta que la confianza en las empresas se restablecerá en cuanto cuando las compañías comiencen a aceptar tres principios fundamentales: transparencia, revelación y responsabilidad. No hay razones para que el cumplimiento de estos mismos requisitos no puedan ser exigidos a agentes activistas con poder y sin consenso, tales como *The Nature Conservancy*, *NRDC*, *Greenpeace*, *Friends of the Earth*, *Amnesty International*, o los burócratas de Estados Unidos, de la Unión Europea y de las Naciones Unidas, cuyos fondos pagados por quienes pagan impuestos apoyan a organizaciones de activistas.

Sin embargo, hoy en día se está comenzando a entender que la búsqueda de la integridad debe también exigirse a grupos de presión radicales, a firmas de inversores socialmente responsables y demás activistas que intentan utilizar recursos públicos y regulaciones para imponer su visión del mundo. Ellos también deberían ser investigados muy de cerca y obligados a operar siguiendo las mismas reglas que gobiernan a la sociedad toda.

Hace mucho que se les ha agotado el tiempo a las ONGs, grupos de interés y burócratas gubernamentales para empezar a cumplimentar todo aquello que les exigen a las empresas: adopción de estándares éticos, penalizaciones internas y respeto de las leyes y regulaciones que aplican las mismas reglas éticas y estándares que ellos mismos exigen a Wall Street, empresas y asociaciones profesionales y demás corporaciones con fines de lucro.

En pocas palabras, los grupos activistas necesitan aplicar lo que el WBCSD sugirió que hicieran todas las corporaciones: demostrar que pueden “comportarse en forma ética y responsable, en compensación de todas las libertades y oportunidades que la sociedad les otorga”.